

## I

### **Nueva era, nueva etapa: tiempos para el desagravio**

*“Para destruirlos, ridiculízalos”*

*(Goebbels).*

*“Guárdate tu miedo y tu ira/ porque hay libertad/ sin ira, libertad”*

La obra que el lector tiene en sus manos ha recibido sus últimas correcciones en unas fechas significativas: en primer lugar, las del XXV Aniversario de la Constitución española de 1978. En segundo lugar, en la España regida por el joven dirigente socialista José Luis Rodríguez Zapatero, flamante presidente del Gobierno, en momentos de bienestar económico de una irreconocible España que recibe oleadas de emigrantes, que en los últimos veinticinco años ha pasado de ser una dictadura militar y una nación políticamente insignificante en el concierto internacional y en el escenario económico, a convertirse en la octava potencia industrial del mundo, con un PIB superior al de Rusia y Canadá, que se acerca rápidamente a la convergencia económica y social con los países de la Unión Europea, convergencia ya lograda, incluso rebasada, por algunas comunidades como Madrid o Cataluña, el mejor broche que podría alcanzarse para culminar tan espléndido aniversario constitucional.

En el mensaje de Navidad del Rey del 24 de diciembre del 2003, el Jefe del Estado insistió con énfasis en la defensa de la Carta Magna, instrumento del que, a su juicio, procede en buena medida lo que ya es conocido como “el milagro español” (Hasta el líder, en paradero desconocido, de la organización terrorista islámica Al Qaeda, el saudí Bin Laden, se hizo eco, en un insólito y supuesto mensaje *macroeconómico*, a primeros del año 2004, en la televisión qatarí Al Yazira, del “milagro económico español” de los años de la transición democrática, en una tierra “que fue musulmana”. Y lamentándose del atraso económico y tecnológico de los países del Islam que, entre todos ellos, no alcanzan al potencial y el PIB de la España democrática cuya propiedad ha reclamado en diversas ocasiones, especialmente Al Andalus, que, como se sabe, ocupaba casi toda la península Ibérica. Pocas semanas después, se producirían los terribles atentados, la masacre del 11 M, tres días antes de las elecciones generales del 14 de marzo, en la Estación de Atocha en Madrid).

El momento es también históricamente crucial, tras sufrir España, el 11 de Marzo del 2004, el mayor atentado terrorista de su Historia, la monstruosa matanza ya citada, de la madrileña estación de Atocha con 192 muertos y miles de heridos, cuya autoría se atribuye al terrorismo de origen islámico, el PP perdió las elecciones generales del 14 de marzo, –y al margen de la alta carga de emotividad que afectó al resultado de los comicios, al

producirse tan sólo tres días después del monstruoso atentado– en las que el joven líder socialista José Luis Rodríguez Zapatero obtuvo un gran triunfo personal, al lograr una mayoría minoritaria de 164 escaños, sorteando para ello un auténtico recorrido de obstáculos y dificultades sin cuento.

Este libro, aunque redactado y corregido mucho tiempo antes, ha permanecido en reposo durante algún tiempo, con la finalidad de que su publicación se produjera después de pasadas las elecciones citadas.

Paradójicamente, todos estos acontecimientos se produjeron cuando la Carta Magna de 1978 sufría sus más serios desafíos por los impulsos centrífugos de los nacionalistas vascos –y su proyecto de *Estado libre asociado*, a la manera de Puerto Rico, mediante lo que se conoce como *Plan Ibarretxe*– y, en diferente medida, de los nacionalistas catalanes, después de que ETA anunciara su tregua *sólo* para Cataluña y que el gobierno tripartito en Cataluña haya tenido también su trasunto en el Gobierno de Madrid, cuyo presidente se ha esforzado especialmente en escenificar parlamentariamente un clima de diálogo y acuerdo con los nacionalistas y las minorías de la Cámara, en contraste con la política a cara de perro del ex presidente José María Aznar.

El autor, profesional del periodismo comprometido con la España que surgió de los años de la transición democrática y de la Constitución de 1978, lo es no solamente por elementales convicciones democráticas. También por razones generacionales, por haber iniciado y desarrollado su carrera profesional, en la mayor parte de su ya largo recorrido, en los cerca de treinta y cinco años que han transcurrido desde los últimos años sesenta hasta el momento presente, trenzada en torno a las primeras estribaciones y recorridos de la transición democrática.

Las celebraciones de los aniversarios constitucionales, por lo tanto, siempre han tenido una especial importancia para quien redacta estas líneas, en las que el ánimo gozoso se entremezcla con un vago impulso nostálgico que se suscita al rescatar el recuerdo de tantas y tan intensas vivencias y experiencias sentidas a lo largo de tan ya dilatado período de tiempo. Casi toda una vida. Por tanto, este viaje sentimental –acaso en recuerdo, antes que del recientemente desaparecido Manuel Vázquez Montalbán y su *Crónica sentimental de España*, de sus primeros modelos e inspiradores, Umberto Eco o Susan Sontag y sus aproximaciones al llamado fenómeno *camp*– huirá del ensimismamiento en los testimonios del pasado, que serán utilizados únicamente como meros elementos contextualizados y narrativos y para evitar convertir estas páginas en un manual de arqueología periodística.

El primer interés del autor seguirá siendo el futuro, que viaja a una velocidad de crucero supersónica, desde un presente en el que los acontecimientos, sorprendentemente perecederos, se superponen unos sobre otros en un rapidísimo proceso de envejecimiento que en ocasiones se culmina en apenas unos días.

Uno de los objetos más apreciados de la personal *memorabilia* de la transición democrática –fotografías, crónicas, grabaciones de audio y vídeo, agendas, diarios, textos, recortes, credenciales...– por este autor, quizá sea uno de los mil ejemplares numerados de la Constitución de 1978 con el que fui obsequiado recién firmada la Ley de Leyes. Sus textos

están compuestos con el elegante tipo “Constitución” al cuerpo 18, en papel Hilo Valores de 150 gramos con marca al agua original de Clanchet Muray, en un trabajo bajo la dirección artística de José Luis Alexanco, obra primorosa de la que se ocupó, en diciembre de 1978, la Editora Nacional (los veinticinco años transcurridos han dejado, ciertamente, su impronta en las ya desgastadas cubiertas del suntuoso ejemplar de color blanco marfil: el escudo de España estampado en seco en su esquina superior izquierda es el del águila negra, anterior al actual escudo constitucional).

Tal ejemplar está dedicado, en distintos momentos del tiempo transcurrido desde entonces, al autor de este libro por personas de mucho merecimiento, las principales que la hicieron posible y cuyo testimonio me tomo la libertad y sucumbo a la pequeña vanidad de transcribir en este preámbulo: en primer lugar, el de su principal *motor* y defensor, El Rey Juan Carlos I: “A José Luis Gutiérrez, con mi afecto”. (Por cierto, que la feliz expresión *El motor del cambio*, acuñada en los primeros setenta por el que sería Embajador y ministro de Exteriores José María de Areilza, para definir al Rey Juan Carlos, ya aparece en el prólogo de una de las primeras ediciones de la obra clásica de Ramón Tamames, la *Estructura Económica de España*, en su edición de 1964, tomada a su vez y según su autor, de una de las siete vías tomistas para explicar la existencia de Dios, la del *Motor inmóvil*).

Sigue la de Adolfo Suárez, entonces presidente del Gobierno: “A José Luis Gutiérrez, luchador incansable por las libertades de expresión e información, cuya vivencia adelantó, durante la apertura y la Transición, en los medios de comunicación, hasta convertirlas en piedra angular de la Democracia y la Constitución. Con todo afecto y reconocimiento”.

Y los siete ponentes o “padres” de la Primera Norma, Miguel Roca Junyent: “... Si esto también lo hiciste tú! Mi abrazo.” Gregorio Peces Barba: “Al querido amigo José Luis Gutiérrez, gran periodista con todo afecto”. José Pedro Pérez Llorca: “Al querido José Luis Gutiérrez con todo el afecto de un viejo amigo, “el viejo saurio”. Un abrazo... (Alude José Pedro a una expresión antigua y jocosa de una de mis columnas).

Manuel Fraga: “A José Luis Gutiérrez en recuerdo de tiempos interesantes para España”. Miguel Herrero y R. de Miñón: “a José Luis Gutiérrez, con el viejo afecto de Miguel Herrero”.

Jordi Solé: “Para José Luis Gutiérrez en recuerdo de los tiempos heroicos de la Constitución y la esperanza de que vuelvan aquellos aires y aquellos climas”. Y Gabriel Cisneros, que cierra la dedicatoria de los siete ponentes constitucionales, tan homenajeados y galardonados en los actos del XXV Aniversario: “A José Luis, testigo fidelísimo, notario pulquérrimo, animador y mucho más partícipe de lo que las gentes puedan creer de los acontecimientos que se plasmaron en este noble texto”.

Sin duda, la dedicatoria de Cisneros está marcada por su condición de testigo de tantas andanzas y maniobras bienintencionadamente conspiratorias de este autor, por pasillos y despachos en aquellos años del alumbramiento constitucional y cuyo correlato detallado dejaré para futuros empeños editoriales.

LEER, revista mensual decana de libros y cultura y Premio Nacional al Fomento de la Lectura de la que este autor, a la hora de escribir estas líneas, es Editor, se ocupó en su número 147, en Noviembre del año 2003, en una edición especial, de hacer un recorrido por las entradas y obras en torno a la Constitución, que ya son más de quince mil entre libros, opúsculos y artículos especializados.

Gabriel Cisneros escribió en aquel número conmemorativo una sentida *Carta al Director* en la que explica afectuosa y emotivamente toda la peripecia biográfica de la Carta Magna trenzada en torno a la suya propia. Y, curiosamente, uno de los premios periodísticos, el Luca de Tena, que concede el diario ABC, en su edición de 1995, lo obtuve por un texto editorial publicado un año antes en el desaparecido Diario 16 de una semblanza de la conferenciante Pilar Miró –la desaparecida directora de cine– realizada y presentada por Cisneros, amigo y compañero de carrera de la cineasta, ambos de la promoción de Derecho de 1959, de la Universidad Complutense de Madrid.

Este libro trenzará su recorrido por *Los días de papel* –acaso alguno recuerde aquellas secciones del legendario semanario humorístico *La Codorniz*, *La cárcel de papel* y *La comisaría de papel*– los tiempos de tan esforzado empeño de quienes nos afanábamos, siguiendo la tradición de tan ancestral oficio, en poner el resultado de nuestro esfuerzo negro sobre blanco. También a una forma de comunicación que las nuevas tecnologías, gradualmente –hay ya periódicos en Madrid cuyas ediciones *digitales* superan en lectores a las de papel impreso– parecen ir arrinconando en los entrañables baúles de los recuerdos. De ello también me ocupé, creo que premonitoriamente, en un texto de 1998. (*La España binaria*). Sobre los necesarios *Tiempos de desagravio* el autor se manifestará en otras páginas de este empeño.

Este libro aparece subtítulo por el XXV Aniversario de la Carta Magna que es de esperar que pueda celebrarse a lo largo de todo el año 2004, cualquiera que sea el destino que al texto constitucional le aguarde, y estará inspirado, al menos así es deseo de su autor, por la concordia y el diálogo que hicieron posible la elaboración y promulgación de la Ley de Leyes, que ha propiciado el periodo de bienestar, libertad y democracia más largo de la Historia de España y con gobiernos tan plurales y dispares como el de la desaparecida Unión de Centro Democrático (UCD), el Partido Socialista (PSOE) y, los últimos ocho años, el Partido Popular (PP) y, desde la primavera del año 2004, de nuevo el PSOE.

### **Veinticinco años no es nada**

Así ha transcurrido, con la fácil y suave gracilidad de un tango, y a veces también con la brusquedad sincopada de sus movimientos, este cuarto de siglo de vigencia de la Carta Magna. Estos veinticinco años, apasionante período de armonía, que tan sólo ha sido alterado por los asesinatos de ETA y por sobresaltos y *crispaciones* más o menos pasajeras y, desde luego, urdidas en los selectos y reducidos ámbitos de las superestructuras políticas, económicas o mediáticas. Y, paradójica- mente, como se ha señalado, en tal momento es cuando sus costuras amenazan con romperse. “Es como si nos cansáramos, como si nos aburriéramos porque las cosas vayan bien durante demasiado tiempo”. La frase entrecomillada, tan certera, la pronunciaba Sabino Fernández Campo en las Navidades de

2003, unos días antes de que el Rey lanzara su discurso navideño de defensa y elogio de la Norma del 78, con una entonación muy similar a la utilizada por el Jefe del Estado en la ceremonia de apertura de la VIII Legislatura.

El *cansancio*, –al comienzo de la transición se habló del *desencanto* según las palabras de Sabino, proviene de la escenificación en el Congreso de los Diputados de lo que sería una nueva transición, esta vez en clave nacionalista.

Al hablar de tangos, deseo recordar mi obra, “Veinte años no es nada. Textos y pretextos de dos décadas de democracia (1977-1997)” (Espasa, Madrid, 1998). Libro en cuyo largo preámbulo, paráfrasis borgiana en la que el autor que firma estas líneas entendía el periodismo “como una manera de caminar”, según Borges comprendía el tango, se anunciaban los riesgos que se cernían sobre la Prensa libre y plural, en su raíz y esencia democráticas, como imprescindible impulso de civilización, “libertad fundante” de las democracias. Sin ese aliento cívico y ético, sin ese sustrato moral y plural, sin una exigencia rigurosa de cumplimiento de las normas profesionales, el periodismo se convierte entonces en un ejercicio de casticismo, en un oficio simplemente artesanal que sirve para rotos y descosidos, para democracias o dictaduras, indistintamente.

## **Fin de una era**

Podría decirse que las dos grandes asignaturas pendientes de la democracia española son la pervivencia del problema territorial que plantean los llamados nacionalismos periféricos, irresuelto en el muy ambiguo Título VIII de la Constitución, seriamente agravado ahora en esta nueva fase en la que ha entrado la democracia española y, por otro, la aceptación intelectual por parte de la izquierda –incluidos sectores del partido socialista– de la llamada democracia liberal, de la separación de poderes como un fin en sí misma y no como un medio para acceder al poder y una vez instalado en él hacer imposible la alternancia al haber sometido a control al Poder Judicial, –inquietante la pretensión de sustituir los Jueces de Instrucción por fiscales– a la Prensa y a cualquier otra instancia de influencia social, cultural, política, económica. Prensa domesticada, monótona y unánime, poblada por propagandistas, sin los ingredientes de pluralismo y contrapoder que caracterizan a la prensa democrática e independiente, equivale, indefectiblemente, a impunidad, ocultamiento, opacidad, abusos, corrupción, crímenes, incluso, sean de Estado o no.

En este escenario hay que situar las desapariciones recientes de algunas figuras de gran significado en el horizonte mediático y cultural español del último medio siglo. El 18 de Febrero del 2002 fallecía en Madrid, a los 85 años de edad, José Ortega Spottorno, hijo de José Ortega y Gasset. Ortega Spottorno había dedicado su vida a preservar y dar continuidad a la obra de su padre, José Ortega y Gasset –en breve se editará una nueva edición de las obras completas del filósofo, con algunos textos inéditos– en la *Revista de Occidente*, primero, y, posteriormente, en diferentes proyectos relacionados con el campo de la cultura, como Alianza Editorial –fundada por él en 1966, supuso toda una revolución a lo largo de los años sesenta y setenta– y, posteriormente, en la creación del diario *El País*, del que fue presidente en su primera época, antes de ser sustituido por Jesús de Polanco y pasar a convertirse en Presidente de Honor.

Don José Ortega fue un viejo caballero liberal a la antigua usanza, persona afable –este autor compartió en alguna ocasión los servicios de uno de sus colaboradores, que sentía veneración por él– y digna, *de los de antes*, cuando sus códigos morales han sido sustituidos por el descarnado pragmatismo que aconseja hacer en cada momento no lo más honesto ni lo que establecen los principios éticos supuestamente compartidos, sino lo más conveniente para los intereses de cada uno.

A su condición de escritor de amplia mirada –*Los Ortega*, obra de consulta obligada para los interesados– memorialista, articulista, periodista, editor, unía su condición de liberal – fue nombrado por el Rey Juan Carlos senador real en las Cortes constituyentes de 1977– que había hecho de la tolerancia uno de sus estandartes en la vida, autor de un texto memorable que hoy aparece incluido como un anexo en el libro de estilo del diario *El País*, que fue hecho público por primera vez en marzo de 1977, en la junta general del periódico.

“El País –decía José Ortega– debe ser un periódico liberal, independiente, socialmente solidario, nacional, europeo y atento a la mutación que hoy se opera en la sociedad de Occidente. Liberal, a mi entender, quiere decir dos cosas fundamentales: el estar dispuesto a comprender y escuchar al prójimo, aunque piense de otro modo, y a no admitir que el fin justifica los medios. Liberal implica también en nuestro tiempo el reconocimiento de que la soberanía reside en el pueblo, es decir, en el conjunto de todos y cada uno de los ciudadanos, titulares de iguales derechos”.

Tan hermosas palabras, tan limpio ideario –que algún adversario de la casa fundada por Ortega Spottorno se apresuró a señalar como reiterada y ruidosamente incumplido por los actuales responsables del Grupo– constituyen, sin duda, toda una escuela de democracia y tolerancia y deberían figurar grabadas en mármol en foros e instituciones para su mayor y conveniente difusión.

Pero la muerte de Ortega Spottorno tenía, además de la pérdida de la persona, del intelectual, otros significados: venía a corroborar, como un jalón en el tiempo, el final de toda una época en la vida periodística española –y por tanto en sus aspectos sociales, culturales, económicos y políticos– una especie de broche necrológico de toda una era, la de la transición democrática, que había contado con figuras de parecido o similar relieve cuya desaparición física, como la del propio Ortega, se había producido poco tiempo atrás.

El 20 de abril del año 2001 fallecía en Madrid Antonio Asensio, presidente y propietario de otro grupo periodístico importante, el Grupo Zeta, víctima de un tumor cerebral, tras una larga y dolorosa convalecencia. Asensio, también un singular caso de *self made man a la española*, montó su imperio periodístico –llegó a ser propietario de Antena 3 TV, que posteriormente vendería a la Telefónica de Juan Villalonga– a partir de una pequeña industria de artes gráficas heredada de su padre y de la creación de una revista, *Interviú*, que supuso, por su descaro y su inusual desinhibición informativa, todo un fenómeno que conoció un éxito espectacular desde su primera aparición en los kioscos en mayo de 1976, coincidiendo con la aparición de *El País*.

En la tarde del 21 de Agosto del año 2000 este autor recibió una llamada telefónica en la que alguien informaba que Juan Tomás de Salas, que había sido presidente y creador de otro de los grandes grupos periodísticos de la transición democrática, el Grupo 16, que contaba con dos medios de la importancia de Cambio 16 y Diario 16, entre otros, había sido ingresado en una clínica madrileña, La Clínica de la Luz y que según los médicos que le trataban apenas le quedaban unos días de vida. Atrás quedaba su doloroso y dilatado tratamiento contra un cáncer de pulmón y su irreversible metástasis. Un año antes, Isabel Azcárate, ex esposa de Mariano Rubio, colaboradora estrecha de Juan Tomás en el Grupo 16 y amiga personal suya le había confesado a algunas personas sentirse muy preocupada por una extraña y persistente afección respiratoria de Juan Tomás, por su voz permanentemente enronquecida, por su forma compulsiva de fumar. En junio del mismo año, en una reunión que mantuve con Juan Tomás advertí los mismos síntomas de los que hablaba Isabel Azcárate.

Durante los meses que duró su enfermedad, los tratamientos médicos, le telefoneaba de vez en cuando hasta el mes de mayo de aquel año. Amigos suyos como César Ramírez, uno de los *dieciseis*, fundador de Cambio 16 y accionista importante, en una cena veraniega relató que Juan Tomás se había negado a hablar con él, probablemente porque en aquellos momentos postreros de su vida no estaba dispuesto a entender a nadie que hubiera mantenido posturas diferentes a las suyas y César –político socialista amigo del ex ministro de Economía y Hacienda Carlos Solchaga, con el que fue presidente de la Casa de la Moneda– permaneció en la empresa tras la venta de la misma por Juan Tomás, en septiembre de 1993, acompañando a Jesús de Ramón Laca, que la había comprado por una peseta. Aquella noche del 21 de agosto, en la habitación 410 de la Clínica de la Luz, fallecía Juan Tomás, dejando un nuevo y grande vacío más en el campo mediático español.

Acompañado por sus familiares más cercanos –su hermana, su viuda– vivió los últimos momentos de su existencia ya inconsciente. El que fuera abogado del Grupo 16, Gregorio Arroyo, que se encontraba en su casa rural de un pueblo segoviano, preparó la esquela –con algunas sugerencias de este autor incluidas– que habría de publicar al día siguiente el diario *El País*. Y también supe de la correspondiente nota necrológica publicada por el diario *El Mundo*, cuyo presidente, Alfonso de Salas, hermano de Juan Tomás –fuertemente enfrentados todavía, desde que Alfonso abandonó el Grupo 16 en 1989, acompañando a Pedro J. Ramírez, expulsado por Juan Tomás de la dirección de Diario 16, para fundar *El Mundo*– a quien aconsejé también alguna leve corrección en el texto. Ambas esquelas, sin embargo, eran ciertamente distintas. La del diario *El País* omitía la habitual cruz –*no quiero ver un cura ni en pintura*, acostumbraba a comentar Juan Tomás, en sus postreros momentos– pero no así el título nobiliario de Juan Tomás, Marqués de Montecastro y Llanahermosa. En cambio, en la esquela de *El Mundo* sí aparecía la cruz, pero se omitía el título nobiliario, algo que parecía resultar un tanto embarazoso para su hermano Alfonso, heredero del marquesado. Posteriormente, accionista de una pequeña bodega de nueva planta en la ribera del Duero, Alfonso trasladaría el título nobiliario del que es depositario a las etiquetas de uno de los vinos de la bodega: *Montecastro*.

Tres personalidades, tan distintas, los fundadores del diario *El País*, del *Grupo 16* y del *Grupo Z*, Ortega Spottorno, Juan Tomás de Salas y Antonio Asensio fallecían en el mismo momento histórico, coincidiendo su desaparición en un relativamente corto espacio de

tiempo, y con ellos también toda una época y unas formas de entender la función del editor de periódicos que habían configurado en buena medida la evolución de la prensa española, a través de los tres grandes grupos nacidos al inicio de la transición democrática, con el Grupo 16 como decano –el único que había iniciado su recorrido en pleno franquismo, cuando aún faltaban cuatro años para la muerte del Caudillo, al remontarse la fundación de Cambio 16 a octubre de 1971– y aunque la sustitución de Ortega por Jesús de Polanco se produjera muy tempranamente, en 1984.

Acaso la desaparición de las tres grandes personalidades citadas fue un premonitorio anuncio, porque en los ocho años de gobierno del PP de José María Aznar, las cosas han ido a mucho peor en cuanto a la libertad de expresión y el pluralismo en los *mass media* se refiere. Cuando se pregona la necesidad de una reforma constitucional en aras de “Una España plural”, se busca al mismo tiempo por parte de sus pregoneros el control obsesivo de los medios para que la pluralidad editorial de las empresas lo sea solamente en el papel, con una configuración sospechosamente similar a la existente durante la dictadura, en el régimen anterior, por el sencillo procedimiento de situar empresarios afines y profesionales convenientemente coordinados y conectados entre sí y crear e infiltrar en el sistema inadvertidas y complejas mallas de propagandistas. España, aparentemente plural y prensa –y cultura– únicas y controladas, en un proceso en el que durante los últimos años se ha ido sustituyendo la impronta de empresas informativas independientes por proyectos que son prolongación, en mayor o menor medida, del poder político. El ya famoso informe sobre los medios de comunicación privados desvelado en mayo del 2004 en Cataluña –cuya autoría se atribuyó a responsables de la Generalitat– no ha hecho otra cosa que confirmar los temores aquí expuestos.

Se ha intensificado la invasión mediante el control de la propiedad y de los profesionales, la colonización política de los medios informativos y la vulneración de las elementales gramáticas profesionales, que escamotean en muchos casos lo más esencial del proceso informativo para transformarlo en propaganda más o menos subrepticia.

El viejo aforismo “los hechos son sagrados, las opiniones, libres” pasa a convertirse en una versión deformada y *pro domo sua*: “los hechos, sólo los que interesan, las opiniones, las nuestras” y a veces las duras confrontaciones radiofónicas que en ocasiones se escuchan son el mejor exponente de tal concurrencia de jaculatorias en las que los hechos desaparecen y las opiniones se convierten en irrefutable y revelada *verdad* de secta religiosa. Al desaparecer el microcosmos empresarial y plural que debería garantizar ese universo informativo de múltiples sensibilidades y opiniones, su lugar lo ocupan la propaganda, la militancia y el partidismo, con gentes más o menos hábiles para la simulación, en un nítido escenario de clara regresión democrática. Los códigos éticos, deontológicos y profesionales más elementales del buen informador –el escepticismo, la búsqueda de la verdad, los hechos como factor supremo de enjuiciamiento de la realidad– resultan innecesarios cuando el periodista es contemplado en su función esencialmente ovípara, como incubador y transmisor de consignas políticas ajenas que se le suministran en cada momento.

Sólo así se explica, desde el coordinado control de muchos medios, la facilidad con la que en la superestructura mediática se instalan consignas absurdas como si de verdades

incuestionables se tratara que logran alcanzar verosimilitud en la opinión pública tras ser sometidas a un proceso de repetición *ad nauseam* desde la densa constelación de medios y plataformas controladas.

## Crónica sentimental

Este no es ciertamente un libro de memorias, ni una autobiografía, aunque contenga inevitablemente elementos de ambos géneros. En el momento de redactar estas líneas aparece en las librerías un segundo volumen de memorias –póstumas en este caso– de Luis Carandell, (*Mis picas en Flandes*, Madrid, Espasa, 2003. Publicó otro anteriormente sobre su infancia, la guerra y la postguerra en Barcelona, “*El día más feliz de mi vida*”) periodista y escritor ciertamente apreciado por este autor, con él que coincidí durante varios años, como columnistas ambos, en las páginas de Diario 16.

Inconfundible la imagen de Luis –la fotografía de la portada de su libro póstumo recoge una instantánea suya que refleja su más característica expresión– sentado ante la destartalada *Olivetti*, con la mirada abstraída por encima de las gafas, meditando cada frase, cada palabra durante interminables minutos, mientras sus manos trezaban inconscientes y obsesivas papiroflexias de infinitos dobleces hasta culminar una pajarita de papel.

Carandell me dedica cariñosos párrafos en sus memorias, relatando con veracidad y detalle cómo le llevé a invertir, en 1981, cincuenta mil pesetas de entonces (un pequeño diner para nuestras modestísimas economías construidas en base a un sueldo de un periódico ya entonces en dificultades) junto a un profesional de la publicidad de origen suizo, Thilo Ullmann, para reflotar la taberna de Antonio Sánchez, un establecimiento adorable, la Taberna más antigua de Madrid y de España, con más de dos siglos de historia, con retratos del gran pintor Ignacio Zuloaga y del propio Sánchez en las paredes, entonces a punto de cerrar. Antonio Sánchez había sido torero y posteriormente pintor, y sobre él escribió Antonio Díaz Cañabate, legendario crítico taurino de ABC, ya desaparecido, un libro delicioso, *Historia de una taberna* (Colección Austral, Ed. Espasa Calpe). Thilo Ullmann vendió tiempo después la taberna sin informarnos a quienes éramos sus socios y desapareció, pero, al menos, aunque perdimos las cincuenta mil pesetas (de 1981), logramos salvar aquel venerable lugar que hoy sigue abierto con sus añejas paredes intactas.

Rescato aquí a Carandell con una doble intención: recordar una frase que él cita de Pere Quart (seudónimo del poeta Joan Olivé), cuando señala que ya se le han olvidado las suficientes cosas como para poder escribir sus memorias.

El autor de este libro, cuya buenísima y selectiva memoria le juega constantes malas pasadas, por el contrario aún no ha olvidado nada o casi nada –y, por si ocurriera, conserva un buen acopio de agendas y diarios para rescatar del olvido lo que sea preciso– por lo que no parece prudente adentrarse en ningún experimento memorialista, y tendrá que someterse a pasajeros y frecuentes ejercicios de prudentes olvidos y desmemorias, en espera de mejores y más sosegados y convenientes tiempos. Y en segundo lugar, traigo aquí el libro de Luis con la evidente finalidad de que el mío esté inspirado por el convivencial y

generoso espíritu colectivo que hizo posible la Norma de 1978 y, en tal sentido, se parezca en algo a la prosa sencilla, amable y conciliadora, al espíritu tolerante y amistoso de Luis Carandell que sin duda hubiera hecho suyo José Luis Rodríguez Zapatero, obsesivo recitador de su vindicación de la humildad, la transparencia, la tolerancia, el diálogo, el respeto al discrepante, la protección del derecho a la libertad de palabra y pensamiento, el talante políticamente amistoso y conciliador como señas de identidad de su ideario político más personal y hondo, tan influenciado por las creencias de su padre y de su abuelo, militar republicano.

Aunque me temo que tal ánimo no sirva de mucho, cuando el clima que se impone en otros ámbitos es el de quienes hacen gala de su más antidemocrático talante y animadversión hacia esos valores que Zapatero insiste en inculcar y proclamar, que he deseado también plasmar en la dedicatoria de este libro. Estas páginas serán, tan sólo, una aproximación personal, casi sentimental, como ya he señalado, a algunos de los avatares mediáticos de estos últimos veinticinco años de los que he sido testigo y, en ocasiones, protagonista cercano y que, han supuesto todo un aprendizaje, un proceso de forja profesional y personal. Y, también, el final de una etapa profesional para iniciar otra, acaso ya alejada del periodismo, ejercido por quien esto escribe durante más de tres décadas, quizá ya demasiado tiempo, desde que mis primeros originales aparecieron impresos en modestas revistas técnicas o en algún periódico estudiantil.

Acaso sea tiempo de recordar al clásico que consideraba el periodismo como la mejor profesión del mundo siempre y cuando no se ejercitara como un fin en sí misma, sino como un episodio pasajero, un tránsito hacia alguna otra parte. Estos años me han permitido conocer de cerca numerosas personalidades del mundo de la política, la cultura o el periodismo, y proporcionado tal cantidad de experiencias, testimonios, recuerdos, documentos, la más valiosa munición que sin duda me llevará a adentrarme nuevamente en un género que me es grato, como es el del relato biográfico.

Digamos, además, que quien redacta estos textos ha padecido, a lo largo de su vida, uno de los grandes impedimentos tan característicos de la peor y más mediocre y negra de las Españas a la hora de emprender una singladura vital, adquirir una educación y ejercer una profesión: los orígenes familiares humildes, la pobreza de solemnidad, algo que, al contrario que en los países anglosajones –y, especialmente en Estados Unidos, donde el espíritu de los primeros peregrinos del *Mayflower* y la moral calvinista del trabajo como mística redentora sigue siendo principal motor de riqueza, desarrollo y progreso– todavía no está demasiado bien visto en la España de hoy que al parecer es aún, en algunas cosas, la de siempre: heredera de tantos impulsos del pasado, cuyos nombres, apellidos, castas, clanes y mimbres principales siguen de alguna manera dando buena parte del sostén a la España de hoy, a través de una densa trama de mandarinatos y grupos de presión, acostumbrados secularmente al uso, modos, ademanes, control y disfrute del poder en todas sus formas. Esta breve introducción, todo este libro, en suma, también pretende recoger los hitos esenciales de un itinerario profesional, los jalones de un modesto aunque extremadamente esforzado recorrido del que deseo dejar breve testimonio en letra impresa.

## **Víctima**

Y también pretende ser, de alguna forma, un acto en defensa propia. Y aprovecharé su publicación para exponer los principales jalones de un itinerario profesional cuajado de vicisitudes adversas y, en los últimos tiempos, de agresiones y persecuciones que en muchos casos han basculado entre el surrealismo y los comportamientos policíacos más propios de regímenes totalitarios o de dictaduras que del sistema democrático que pretende ser la España del 2004.

Pocos meses antes de morir –cuando ocurrió su fallecimiento, me correspondió la dolorosa obligación de escribir en el diario *El Mundo* su necrológica– a finales del año 2001, me topé en una calle de Madrid con el pintor José Luis Verdes, un artista estimable, amigo de Juan Luis Cebrián y de mi mismo, en la década de los setenta y en la mitad de los ochenta.

Se dirigió a la persona que me acompañaba con la que inició una breve conversación en torno a una obra suya, a una operación para la que sugirió que quizá el apoyo de mi acompañante habría sido importante para culminar su asunto con éxito. Al aconsejarle entre bromas que lo hablaran en un despacho, con el mismo tono de broma, realizó un comentario despectivo y hasta insultante, injurioso, sobre mi persona, sólo suavizado por el tono burlón empleado por el pintor. Al afearle su conducta y preguntarle de dónde había sacado tal opinión, tras conocerme tan bien, después de treinta años de relación amistosa, en la que en tantas ocasiones había coincidido conmigo y con mis opiniones, soltó una de sus carcajadas previas a su reveladora respuesta sobre quienes creaban y propalaban aquella versión sobre mi persona. Casi treinta y cinco años de ejercicio profesional reconocido, con premios profesionales y reconocimientos variados, director de todo tipo de medios y publicaciones, incluido un diario de difusión nacional (Diario 16) del que fui casi diecisiete años director adjunto, columnista, y finalmente director, iniciador y pionero del periodismo de investigación en nuestro país, de las tertulias radiofónicas o del uso de Internet en la comunicación, autor de varios libros políticos –y en otro orden de cosas, sostén y cabeza de familia numerosa desde mi primera adolescencia por mi condición de huérfano y primogénito, en un itinerario vital tan esforzado como enriquecedor– para que, en la culminación de tal singladura, la maledicencia extienda y disperse mercancías tan escasamente agradables sobre mi persona.

Este autor nunca ha recurrido al pueril ejercicio del ex combatientismo, al panoveo o al *show off* biográfico en la tan concurrida y permanente pasarela nacional de las vanidades, a ese happening psicológico a medio camino entre la expiación de pecados por trayectorias propias o heredadas, la exageración o la simple falsificación de la Historia a modo de exorcismo con el que muchos tratan de conjurar una biografía políticamente poco edificante, un historial familiar que ocultar o deformar, una silueta interior escasamente atractiva o, sencillamente, carente de adornos o del menor rastro de ánimo democrático. Ciertamente, algunos de los muy numerosos casos de embellecimiento biográfico que se conocen en nuestro país alcanzan ribetes en verdad más que risibles, patéticos.

## **Tiempos de turbación**

Por ello, quizá convenga dejar constancia, en breves líneas preambulares, de un itinerario personal y profesional que se inició cuando los problemas de los periodistas con el régimen de Franco se acumulaban y sucedían día tras otro, y este autor tampoco fue en esto una excepción.

En dos ocasiones, y merced a la recomendación de un amigo y compañero de estudios, el más tarde dirigente comunista y parlamentario socialista José María Mohedano, fui auxiliado jurídicamente por un joven y activo abogado de la oposición, entonces una especie de cruce de democristiano y socialista, llamado Gregorio Peces Barba y, a la hora de escribir estas líneas, Rector de la Universidad Carlos III de Madrid, uno de los siete *padres* o ponentes constitucionales e integrante del Grupo de Notables que auxilió en su exitosa campaña electoral de marzo del 2004 al líder socialista José Luis Rodríguez Zapatero.

El número 15 de la revista *Gentleman* –una publicación política alineada con la oposición franquista, fundada en el otoño de 1972, cuando comenzó su proceso de elaboración y cuyo primer número apareció en marzo de 1973, con Juan Luis Cebrián como Director, este autor como Jefe de Redacción e Ignacio Camuñas como Editor, y a la que me referiré con más detalle en otras páginas de este libro– y cuya dirección ocupé a partir de enero de 1974, el citado número 15, correspondiente al mes de junio de 1974, fue secuestrado por mandato del Tribunal de Orden Público de Madrid y varios días después de haber cumplido el trámite administrativo preceptivo, según la Ley de Prensa e Imprenta vigente entonces –y gran parte del contenido de aquella ley del franquismo, increíblemente, aún pervive en nuestros días– del depósito previo en las dependencias del Ministerio de diez ejemplares recién salidos de la imprenta antes de ser distribuida en los kioskos.

Las razones del secuestro, un denso informe sobre la extrema derecha española elaborado por un amigo y compañero de fatigas profesionales, José Luis Martín Prieto y, muy especialmente, por una larga entrevista con Rafael Calvo Serer, ya desaparecido, un catedrático nombrado en el titular como “el Kissinger de Estoril”, lugar de exilio y residencia del Conde de Barcelona, don Juan de Borbón –a cuyo Consejo privado pertenecía– padre del Rey Juan Carlos.

Calvo Serer volvía donde solía. Ya había sido el causante, con un artículo suyo, del cierre del diario *Madrid*, con su famoso “Retirarse a tiempo. No al General De Gaulle”, publicado el 30 de mayo de 1968 –el Mayo del 68– que todos los observadores –incluidos los censores del Ministerio de Información– interpretaron como una descarada invitación al general Franco para que abandonara el poder y nuevamente provocaba, ahora, el secuestro de otra publicación, en este caso una revista mensual, *Gentleman*.

En el período de algo más de un año en el que permanecí como director de *Gentleman* –que también recibió la visita de anónimos comandos de la extrema derecha que causaron los habituales destrozos y un rastro de esvásticas y cruces gamadas en las paredes– fui expedientado en once ocasiones por la Dirección General de Régimen Jurídico de la Prensa, que trasladó expedientes al juez instructor, comparecí dos veces ante el tristemente célebre Tribunal de Orden Público y para que no faltara ninguna instancia judicial también fui requerido, como incurso en la famosa figura del “desacato”, por un Tribunal Militar y hube

de tomar asiento ante un Fiscal Comandante que me interrogó larga y minuciosamente en el viejo caserón militar del madrileño Paseo de Reina Cristina.

Quien me iba a decir entonces que, sin embargo, mis mayores sinsabores judiciales vendrían –la amnistía de 1977 eliminó de un golpe todos aquellos episodios judiciales– paradójicamente, con la democracia y más concretamente con gobiernos de los que Adolfo Suárez, para denostarme en mi condición de *periodista de cámara de Felipe González* (sic) etiquetaba burlescamente como *tus amigos, correligionarios y compañeros de partido*, los socialistas.

No le faltaba razón a Suárez. Hasta el punto que, en julio de 1983, el Fiscal General del Estado de entonces, un antiguo juez franquista, Luis Burón Barba, ya desaparecido, y en nombre del Gobierno socialista en pleno, interpuso una querrela criminal contra este autor – a la sazón, director adjunto de Diario 16, con Pedro J. Ramírez como director– esgrimiendo una figura jurídica tan querida por el régimen anterior, la del “desacato”, –afortunadamente ya eliminada de nuestro ordenamiento jurídico– por denunciar, ya en 1983, los pinchazos telefónicos a algunos líderes políticos de la oposición –especialmente de Alianza Popular y del Partido Comunista– algo cuya veracidad se demostraría hasta la saciedad años más tarde, al descubrirse la orgía de teléfonos pinchados y las numerosas víctimas –entre otras este autor– de tan policíacas prácticas a manos del desaparecido CESID controlado por el Gobierno socialista: políticos, jueces, periodistas, hasta el Rey de España, Juan Carlos I. Aquella querrela sería sobreseída más tarde por el juez de la Audiencia Nacional, Divar Blanco –hoy, presidente del alto Tribunal– y ciertamente la información firmada por este autor fue muy útil, pues sirvió para que fuera reformado el Código Penal, que aún no tipificaba como delito las escuchas telefónicas no autorizadas por un juez.

Aunque nunca milité ni tuve carnet de partido político alguno –varios miembros de mi familia en cambio sí están vinculados al partido socialista u organizaciones cercanas– durante años fui *tiernista*, seguidor y *compañero de viaje* del *Viejo Profesor*, Enrique Tierno Galván, desde los últimos años sesenta, gracias a la esforzada labor de un amigo de tiempos estudiantiles, Francisco Bobillo, el hombre de confianza por antonomasia de Tierno. Bobillo, secretario para todo, confidente, asesor, la persona de mayor confianza que jamás tuvo Tierno, posiblemente de la única de la que el desconfiado y receloso personaje llegó a fiarse al ciento diez por ciento; hasta el extremo que en los casi dos años que permaneció como secretario suyo en el Ayuntamiento de Madrid, llegaba a firmar la correspondencia menos comprometida del Alcalde y con tanta habilidad a la hora de imitar su firma –algo que hacía obviamente con el permiso del *Viejo Profesor* y por razones obviamente instrumentales y de ahorro de tiempo– que en una ocasión, un talón de la cuenta personal de Tierno que éste sí había sido firmado por el V. P., fue rechazado en la ventanilla del banco por no reconocer su firma, habituados como estaban a la impecable rúbrica de Bobillo. (Casi una versión del Efecto De`Hory en clave política, el de aquel genial pintor judío y aún más genial farsante, Elmyr De`Hory, acantonado en Ibiza en compañía de un curiosísimo personaje, el periodista americano Clifford Irving, de turbulenta biografía, casi tanto como la de uno de sus biografiados, el millonario y galán de numerosas estrellas de Hollywood, Howard Hughes. De`Hory no copiaba cuadros de los grandes maestros sino que pintaba obras como ellos mismos lo hubieran hecho –

*Modiglianis, Picassos*– que nadie era capaz de certificar por tanto su condición de imitaciones y que dio lugar a un curioso film de Orson Welles, “Fake”).

Desde los primeros momentos de la década de los setenta –había conocido a Bobillo en 1968, en los festivos ambientes universitarios madrileños–, hasta 1976, mi condición de seguidor del VP se manifestaba de la única forma que podía hacerlo, con mi apoyo desde las páginas de los medios en los que colaboraba. En febrero de 1974, fecha en la que dejé de ser Jefe de Redacción para ser nombrado Director de la Revista *Gentleman*, la primera decisión fue dedicarle la portada del número 11 de la Revista, correspondiente a aquel mes de Febrero, con una gran fotografía de Tierno Galván del conocido fotógrafo y colaborador de *Gentleman*, Alberto Schommer, con cierto desconcierto y hasta contrariedad por parte del Editor –y por supuesto, con el consabido recelo de la Dirección General de Prensa, al ver a un socialista en la portada de una publicación española– que estimaba que Tierno acaso no acreditaba aún la importancia política suficiente como para ocupar una portada.

Y en el número 19 de la publicación, del 15 de Octubre de 1974 –el Editor, Ignacio Camuñas la transformó en publicación quincenal y posteriormente en semanario– en su portada, “Cincuenta españoles para el futuro” situé las fotografías de ocho jóvenes políticos, el primero de ellos Raúl Morodo, “número dos” de Tierno Galván. Los demás eran Julián Ariza, Gabriel Cisneros, Gil Robles (hijo), Joaquín Garrigues, Gregorio Peces Barba, Ramón Tamames y Rafael Arias Salgado. En el interior, en la lista de los cincuenta, el nombre de Francisco Bobillo, junto a otros nombres como los de José María Mohedano o Pablo Castellano que completaban el medio centenar.

En ocasiones, la vanidad ingenua y pueril de algunos políticos les lleva a explicar su notoriedad mediática en función de su brillantez personal o política, de la casualidad o de ambas cosas a la vez. En los remotos y germinales casos citados la explicación en buena medida residía en las inclinaciones políticas y las relaciones personales del director de la publicación.

Tras las primeras elecciones generales –cuando Tierno Galván, tras su fracaso electoral, tan sólo obtuvo seis escaños, agobiado por las deudas de partido, no contempló otra posibilidad que integrarse en el PSOE, algo que haría poco después– hasta 1983, fui *periodista de cámara* (según la citada definición de Suárez) de Felipe González, partidario y aun más entusiasta *compañero de viaje* y seguidor del entonces joven líder socialista –a quien había conocido a finales de 1974 en Lisboa, en un mitin político de Mario Soares, con el que trabé una estrecha relación personal a partir de entonces–.

Sin embargo, y al mismo tiempo, siempre entendí –demostrando tanta ingenuidad como torpeza para no advertir que a los políticos, del color que sean, y sobre todo los de los partidos de la izquierda, nunca están interesados en la existencia de una prensa independiente, inquisitiva y excesivamente curiosa y que pretender armonizar una idea liberal y occidental de la prensa con la militancia en la izquierda equivale a tratar de unir dos realidades que la experiencia ha demostrado como inmiscibles– que la función de la misma habría de ser la que se le atribuye en las sociedades anglosajonas, en las democracias occidentales, como exponente del cotidiano control social exigible respecto de

los demás poderes y no una dócil y mansa prolongación de los mismos como en los regímenes totalitarios.

En mi caso parece que una serie de coincidencias biográficas han configurado un singular alineamiento de los astros, aparentemente empeñados desde un tiempo a esta parte en crearle todo tipo de problemas y tribulaciones a quien esto escribe. Y como en cuestiones relativas a la carta astral soy tan desconfiado y escéptico como en lo que a asuntos de fe religiosa se refiere, no puedo por menos que tomar en consideración las explicaciones de numerosas personas de muy variada procedencia que establecen una clara relación causa-efecto entre la aparición del libro *La ambición del César. Un retrato político y humano de Felipe González* –escrito por este autor con Amando de Miguel en 1989– y mis incontables problemas, todo o gran parte de lo acontecido y padecido por este autor a partir de entonces. El ministerio de Hacienda se apresuró a abrirme varias actas de inspección en 1983, que al correr de los años acabarían siendo falladas a mi favor, con la clara intención intimidatoria de este tipo de iniciativas cuando son activadas “desde arriba”. Mejor no pensar a los extremos que se podría llegar de existir las 17 agencias tributarias, conociendo el talante de algunos dirigentes políticos autonómicos.

Otros asuntos, como descubrir e investigar, durante meses, el caso Roldán –el ex director general de la Guardia Civil, hoy condenado en sentencia firme y encarcelado– han sido, sin duda, otra de las causas de mis problemas. Al final, la conocida frase de González, –*Quien me echa un pulso, lo pierde*– parece estar, a juicio de tales testimonios, en el origen de una de las más inclementes persecuciones sufrida por un periodista en España. Con la tímida salvedad que se le ocurre al modesto informador en este caso, la de señalar que jamás albergó la menor intención de echarle pulsos a nadie, salvo la de escribir lo que en cada momento le dictaba su conciencia, y menos a un señor de tan rencorosa musculatura, a persona tan poderosa y adornada por tales peculiaridades psicológicas. La condición de los gobernantes en las democracias como meros, transitorios y ocasionales servidores del bien común, como si regentaran de forma pasajera una comunidad de propietarios con cuarenta millones de *vecinos*, suena en este horizonte como algo bastante exótico.

Dos personalidades especialmente cualificadas así me lo hicieron saber, Miguel Roca, uno de los siete ponentes constitucionales y dirigente de CiU y el ex biministro y hoy alcalde de Zaragoza, Juan Alberto Belloch, que sitúan en tales antecedentes el origen y raíz de la persecución a la que este autor ha sido y es sometido, y para la que al parecer ha contado con numerosos e inesperados auxilios.

Carmen Romero, esposa de Felipe González, buena conocedora de su marido y también de los mecanismos que rigen la vida interior en el partido socialista, acostumbraba a hacer un comentario que pronto se extendió entre los miembros del grupo parlamentario socialista de la VII Legislatura: *El mejor manual para moverse, sobrevivir y triunfar en el seno del partido es El Padrino*. Se refería a la obra de Mario Puzo. (La verdad es que no es el único caso en el que tal obra, genialmente recreada en el cine por Francis Coppola, sirve de manual de conductas de quienes buscan enfermiza y obsesivamente el triunfo personal. En el más despiadado mundo de los operadores financieros de Wall Street, desde hace años la obra de Puzo ha sido incorporada al acervo común como una especie de Tao Te Ching, guía

de conductas para acumular riqueza y escalar los peldaños de la gloria y el poder financieros).

El caso es que desde las advertencias –inocentes y subliminales recados, como esos congrios muertos que los *mobsters* de Cosa Nostra dejan en los felpudos de las casas a modo de advertencia– hasta casos de persecución descarada, los episodios contra mi persona no han dejado de producirse a lo largo de todos estos últimos años.

Casos como los aquí brevemente señalados por este autor se unen los sufridos por Pedro J. Ramírez, Martín Prieto, Francisco Umbral, Ana Rosa Quintana, Camilo José Cela o Pablo Sebastián. A la desventurada Encarna Sánchez ni siquiera en la tumba dejan en paz, lo que ha motivado que un personaje amigo suyo como es Luis de Lezama, el insólito cura de *La Taberna de El Alabardero* de Madrid, quien, a pesar de ser uno de los personajes más cercanos en amistad a Felipe González, ha criticado con gran dureza el acoso sufrido por la desaparecida Encarna, que ha tenido que soportar burlas sin cuento a causa de su supuesto lesbianismo, por parte de personajes que después alardean y presumen de liberalidad y respeto hacia el mundo gay, hacia formas diferentes de expresión sexual. Y así un largo corolario de autores o personajes de la cultura o el espectáculo que han sufrido inexplicables acusaciones de plagio, inesperados sobresaltos conyugales y otras tribulaciones.

A este autor tampoco le han dejado precisamente en paz una malla de personajes que se han dedicado a explorar y husmear en su vida profesional, personal, familiar, íntima, incluso, con la herramienta de los dossiers deformadores o malintencionados, mediante procesos injuriosos y calumniosos, en fin, todo lo que establecen los manuales nazis para destruir a una persona y que dibujan un panorama ciertamente muy alejado del de una democracia civilizada.

### **“Un poco de terrorismo”**

El XXVIII Congreso del PSOE de 1979, en el que Felipe González y toda su Ejecutiva dimitieron por el famoso debate sobre el marxismo, para volver, pocos meses después, en el Congreso Extraordinario, fulminar a todos los dirigentes críticos y alcanzar todo el poder en el seno del partido, fue relatado para la revista líder del momento, Cambio 16, por dos profesionales de la misma de muy significativa trayectoria ambos, encargados de seguir todos los pormenores informativos de aquel acontecimiento histórico que fue el Congreso Extraordinario: José Manuel Arija, buen profesional y aún mejor persona, ya desaparecido, y el autor de este libro. La lectura de aquellos textos –excelentemente escritos, sin duda, porque aunque entonces éramos más jóvenes, el entusiasmo y el impulso moral se reflejaba en las prosas aunque su contenido fuera de una orientación política tan descaradamente favorable hacia González y su Ejecutiva– que hoy, tras su lectura, no dejan de producir un leve rubor ante el fervor y la adhesión a la causa de ambos relatores.

Digamos que en aquel Congreso se explicitaron públicamente, por primera vez, un cierto tipo de operativos y conductas en los socialistas desconocidas para los observadores externos e, incluso, para los muy avezados como Arija y este autor, que serían muy

frecuentes posteriormente en muchos dirigentes socialistas –“hacer un poco de terrorismo”– y tuvo como uno de los episodios más sonados de aquel Congreso del PSOE de 1979 uno de aquellos divertidos lances –que maldita la gracia que le hacían a las víctimas, en este caso, Enrique Tierno Galván– cuando el VP, rival de González y Guerra y uno de los líderes del sector crítico, junto con Luis Gómez Llorente, Pablo Castellano y Francisco Bustelo. Tierno fue encerrado en un ascensor del madrileño Palacio de Congresos, al que se le desconectó de la fuente de alimentación eléctrica para evitar –tal como ocurrió– que pudiera dirigirle la palabra a la asamblea de delegados. Este tipo de operaciones han hecho su aparición en ocasiones incontables a lo largo de los años. Tierno Galván moriría y su partido, el PSP, aunque de reducidas dimensiones pero sin duda importante en la reciente Historia de España, dóciles historiadores y comentaristas lo borran de los mapas electorales, como hacía Stalin con las efigies de Trotski en las fotografías revolucionarias, sepultan sus siglas, Partido Socialista Popular, PSP, antes Partido Socialista del Interior, PSI, en el cajón de anónimos epigrafiado como “Otros” en los balances electorales o en los estadios que dan cuenta de los resultados de aquellas primeras elecciones generales de 1977.

Sin pretender convertir este capítulo de introducción en un detallado memorial de agravios, sí he de hacer constar que este autor ha sido víctima de todo tipo de espionajes, desde el telefónico al informático –denunciados ambos ante las correspondientes instancias judiciales y gubernativas–, pinchazos de teléfonos móviles y hasta el seguimiento físico a través de detectives contratados al respecto. Los teléfonos privados han sido reiteradamente *pinchados*, –“Pinchan los teléfonos del director de Diario 16”, fue un titular a toda página, en una portada del periódico de otoño de 1995– hechos que intenté paliar con las consiguientes denuncias a la Policía y a los juzgados.

En cierta ocasión, un montaje pornográfico con una página de publicidad para *Internet* de El Corte Inglés, en la que el actor George Clooney –protagonista de sus campañas publicitarias–, aparecía desnudo y con sus voluminosos atributos masculinos al aire, fue enviado a miles de personas a través de la Red con mi nombre como remitente, lo que me llevó asimismo a presentar la correspondiente denuncia ante el departamento de Delitos Informáticos de la Guardia Civil.

Mi ordenador personal ha sido invadido, según los técnicos informáticos y gubernativos consultados, a través de las fisuras que permiten las conexiones de banda ancha, incluso cierto programa antivirus –perteneciente a una empresa vinculada a algunas áreas del nacionalismo vasco– súbitamente dejaba de proporcionar la protección que teóricamente impide del acceso externo a los ordenadores. Como se ve, toda una recreación de la parábola del *Big Brother*, del Gran Hermano (festivamente trivializada por el programa televisivo del mismo nombre) del dantesco relato de Orwell. Los aspectos más oscuros del ser humano también reaparecen en una democracia joven, alegre y confiada como la española.

En otra ocasión, las farolas de una de las más largas calles madrileñas cercana a mi despacho aparecieron cubiertas con unos anuncios-pegatina de una *Academia* de idiomas de precios tan tentadores que sus clases de inglés resultaban poco menos que gratuitas. La

fantasmagórica e inexistente *Academia* tenía como única dirección o referencia un teléfono que casualmente coincidía con el número de mi domicilio privado.

La lista completa de *bromas* de este tipo haría este capítulo interminable. Sin embargo, otras acciones de muy distinta naturaleza han revestido mucha más gravedad, como lo ocurrido a un miembro de mi familia, aquejado de una seria enfermedad, quien, tras ser sometido a una incesante persecución para producir el mayor daño posible a su familia, al autor en este caso, incluidas acciones inexplicables de algunos facultativos y directivos de asociaciones asistenciales, teóricos responsables de su cuidado e integridad física, corrió tan graves riesgos que estuvo a punto de perder la vida.

Todos los operativos característicos de los regímenes policíacos, como ya he dicho, aparecen en estas acciones aquí solamente apuntadas y dirigidas contra mi persona, en un evidente intento de recabar o recopilar información supuestamente comprometida con la que poner en marcha el mecanismo del amedrentamiento, la mordaza, el silencio, la calumnia, la injuria, la demolición, en suma, de la reputación como forma de destrucción. El consejo de Goebbels: *para destruirlos, ridiculízalos*

El Grupo 16, en el que invertí veintidós años de mi vida profesional y personal, fue derruido y convertido en cenizas, por las persecuciones sistemáticas y las acciones de derribo previamente diseñadas con tal fin y prolongadas a lo largo de muchos años.

El 28 de julio de 1992 fui nombrado director de Diario 16 por el presidente del Grupo entonces, Juan Tomás de Salas y casi cuatro años más tarde, en enero de 1996, fui eliminado fulminantemente por un empresario títere impuesto por el gobierno socialista de Felipe González. Tras mi cese, vendría la suspensión de pagos y la quiebra con continuidad, la sucesión interminable de efímeros directores, el cambio de propiedad y, finalmente, el cierre y la desaparición de un periódico símbolo de la transición democrática –la canción de su campaña de lanzamiento, *Libertad sin ira*, es ya una especie de himno oficioso, bandera musical de la democracia española nacida de la Constitución de 1978– que era de lo que se trataba, de que desapareciera el Grupo pionero en la transición democrática, que había iniciado su andadura casi cuatro años antes de la muerte de Franco.

## **Un periódico muere**

Los interventores de la suspensión de pagos de la sociedad Inpresa, que fuera editora de Diario 16, en mayo de 1996, cuatro meses después de mi cese como director, recogen sus impresiones que son enviadas al juez, en las que señalan las “irregularidades contables” correspondientes al ejercicio de 1992 sin las cuales, según los interventores, la sociedad editora del periódico, habría incurrido en las “causas de disolución” que tipifican la quiebra de una empresa.

Sin embargo, cuando accedo a la dirección del diario, en julio de 1992, no fui informado por Salas, como hubiera sido lógico, de la situación económica por la que atravesaba la empresa, de quiebra técnica, tal como pudo advertir el comprador del Grupo, pocos meses después, Jesús de Ramón Laca. Aunque es posible que ni siquiera Salas fuera del todo

consciente de la gravedad real de la situación. Similar caso se da en las cuentas del año 1993, aprobadas en Junta General presidida aún por Juan Tomás de Salas. Aquel ejercicio se contabilizan unas pérdidas de 240 millones de pesetas mensuales (de 1993), es decir, casi tres mil millones de pérdidas anuales y un pasivo cercano a los 14.000 millones de pesetas. A pesar de tal situación de quiebra técnica, los cerca de quinientos empleados del periódico, además de las catorce pagas preceptivas anuales, doce pagas mensuales y dos extraordinarias en Navidad y Verano, perciben dos pagas más en concepto de “beneficios”, circunstancia ésta que sería una más de las causas del endeudamiento y la crisis del Grupo.

En septiembre de 1993 llega Jesús de Ramón Laca al Grupo 16. Accede a la presidencia de la sociedad editora de Diario 16, Inpresa, que adquiere, en su condición de sociedad quebrada, por una simbólica peseta. Pone en marcha un plan de saneamiento para salvar el periódico y otras cabeceras e iniciativas empresariales del ya muy menguado Grupo 16. El objetivo, en síntesis, consiste en reducir las brutales pérdidas en cuenta de explotación –los 240 millones de pesetas mensuales, tres mil millones anuales– y renegociar con los acreedores la deuda de casi 14.000 millones.

Una de las medidas que impone el nuevo propietario es un ERE (Expediente de Regulación de Empleo) que prevé el despido de 134 empleados. La medida, dolorosa, que Laca explica dada la situación desesperada de la sociedad, es aprovechada por los responsables sindicales –entonces mayoritariamente representados por el sindicato liderado a la sazón por Antonio Gutiérrez– para convocar las huelgas más brutales que se recuerdan en la reciente historia de la Prensa española: siete días de huelga, el 8, 9 y 10 de diciembre de 1993 y los días 17, 18, 19 y 20 de enero de 1994.

Se producen ataques de una violencia inusitada, amenazas de muerte, una escopeta de cañones recortados esgrimida contra el director del periódico. Palizas a kioskeros y distribuidores, kioskos, furgonetas y paquetes de periódicos incendiados, es el corolario resumido de aquellos siete días de enero y diciembre. (De acuerdo con el espíritu convivencial de la Constitución del 78 cuyo 25 Aniversario inspira este libro, también como recuerdo de Luis Carandell y su ya citado libro de memorias que he prometido mantener como guía, evitaré hacer un relato pormenorizado de aquella historia sindical de la infamia y su *dramatis personae*, el proceso de muerte de un periódico formidable). Y todo ello, a pesar de haberse pagado puntualmente todos los salarios. Los cuatro días de huelga de enero se convocan por el motivo esgrimido en un comunicado que señala que “pese al abono de la nómina del mes de diciembre realizado hoy, la falta de garantías para el cobro de las otras dos pagas adeudadas –las de “beneficios” en una empresa que perdía tres mil millones anuales y adeudaba casi catorce mil así como la negativa a cualquier acuerdo que permita una clarificación sobre el futuro de Diario 16...” A pesar de ello, el ministerio de Trabajo que entonces ocupa el socialista José Antonio Griñán acepta el ERE por considerar imprescindible la reducción de plantilla, dada la situación de quiebra de la empresa.

Los distribuidores acuden por docenas a las comisarías denunciando palizas, agresiones y roturas de vehículos. La violencia es tal que la Asociación de la Prensa de Madrid, presidida por Jesús de la Serna, condena mediante durísimos comunicados las acciones de violencia, las “visitas” a domicilios privados y demás.

La venta del periódico se resiente fuerte e irreversiblemente por las huelgas. La venta de Diario 16 era, a finales de 1992, medio año después de la llegada de este autor a la dirección del periódico, según la OJD, de 125.939 ejemplares diarios. Tras los tres días de huelga de enero de 1994, tales acciones condujeron el periódico a una situación desesperada en beneficio de sus competidores. Los responsables de la empresa cuantificaron entonces el efecto de los siete días de huelga en una pérdida de ejemplares entre los 60 y los 70.000 ejemplares diarios.

A pesar de ello, el periódico remonta trabajosamente el vuelo. Laca consigue reducir las pérdidas mensuales de 240 millones a menos de 80 en 1994, y obtiene un ahorro en el gasto cercano a los 3000 millones de pesetas anuales, según las cuentas oficiales auditadas de ambos ejercicios, el 94 y 95. Las cifras de venta de los años 94 y 95, según OJD, fueron de 75.765 y 75.743 ejemplares diarios respectivamente, que reflejaban el devastador efecto de las huelgas.

Sin embargo, aquella marcha hacia la recuperación se trunca nuevamente –“si nos descuidamos, Laca y Gutiérrez sacan adelante el periódico”, comentaría un miembro del Gobierno de entonces a un alto ejecutivo bancario– y las presiones del Ejecutivo logran que el Banco acreedor, entonces el BCH presidido por José María Amusátegui –auténtico *propietario* del periódico y del Grupo– fuerce a Laca a vender la empresa por una peseta a un tal José Luis Domínguez, un empresario próximo al ministro de Comercio de entonces, Javier Gómez Navarro. En aquellos días, Jesús Gil, recientemente fallecido, con quien este autor mantenía una cordial y correcta relación, a pesar de las duras críticas que recibía de algunos responsables de la sección de Deportes del Diario, me avisa que Cortés Elvira, Secretario de Estado de Deporte y hombre de confianza de Gómez Navarro, le ha informado que la operación de Domínguez tiene como único objetivo expulsar al director del periódico, autor de este libro. Y el mismo comentario le hace, en varias ocasiones, el propio José Luis Domínguez a Jesús de Ramón Laca.

Domínguez, en el contrato de compra venta, se comprometió a aportar 1.500 millones de pesetas para sanear la empresa, compromiso que nunca cumple y que provoca la crisis final del periódico.

Con estilo característico, Domínguez me expulsa de la dirección, tal como me habían informado, el 31 de enero de 1996, tras más de veinte años de servicios en el Grupo y sin mayores explicaciones, con una carta de apenas diez líneas, con la firma del entonces Consejero delegado. A partir de entonces, el periódico entra en picado, se suceden los nombramientos de efímeros y pasajeros directores, algunos de ellos apenas unas semanas en el cargo.

Hasta el último día de mi presencia en la dirección no se dejó de cobrar ni una sola nómina. A partir de entonces, la empresa suspende pagos y posteriormente se acoge a la situación de quiebra con continuidad.

La destrucción de un periódico histórico, pionero de la Prensa democrática, semillero de profesionales excelentes que hoy ejercen en medios de toda España, había sido reducido a cenizas merced a un grupo de descuidados y desaprensivos.

“Hay que cortar la argolla que sujeta la red, una vez cortada todo caerá”, había dicho un conocido dirigente político. La “argolla” era el director del periódico.

El editorial “de los trabajadores” que se publica un 18 de enero de 1998 antes de que la cabecera pase a ser propiedad del Grupo Voz de Santiago Rey –propietario de la cadena de Radio Voz y del periódico La Voz de Galicia, entre otros medios– cita como uno de los responsables de la catástrofe a “un aventurero de las finanzas, como José Luis Domínguez”. Omite el editorial, sin embargo, el incumplimiento principal del compromiso contractual por parte de Domínguez de aportar los 1.500 millones de pesetas, aunque el texto señala más adelante que Domínguez “tras una larga travesía marcada por una cobarde inhibición empresarial, descubrimos hace unos meses que el señor Domínguez seguía siendo propietario de una publicación por la que no pisa desde hace más de año y medio”. El comentario hacía alusión a uno de sus ardides favoritos consistente en “vender” de forma ficticia paquetes de acciones del diario, hasta que los compradores advertían lo ocurrido, como le sucedió al propio Juan Tomás de Salas, que también “descubrió” que su supuesta compra de un paquete de acciones que le otorgaba la mayoría, en su retorno al diario, en 1997, nunca había llegado a producirse.

Los años que permaneció en manos del Grupo Voz, el periódico subsistió hasta que fue cerrado definitivamente en el año 2001 tras acumular unas pérdidas, en esta última fase, de cerca de cinco mil millones de pesetas, según la empresa

Este autor tuvo conocimiento, muchos años después, del significado real de un comentario del entonces ministro de Economía, Carlos Solchaga, en julio de 1992, al que visité acompañado de la entonces ministra Rosa Conde y por el editor Juan Tomás de Salas, para presentarme : “-¿Estás preparado,? Porque va a ser muy duro...” No le dí demasiada importancia a aquellas palabras de Solchaga, entendiéndolo que se refería a la difícil situación económica en que se encontraba el periódico, con quien seguía manteniendo una buena relación– me aportó su testimonio y datos de interés para la redacción de mi libro sobre Miguel Boyer, “El hombre que sabía demasiado” (Temas de Hoy, Madrid, 1991)–.

Y tan duro. Años más tarde, una relevante personalidad socialista me informaría que mi nombramiento como director de Diario 16 se había producido a instancias de significados miembros del Gobierno de González, con un único objetivo: que las huelgas que ya habían sido cuidadosamente diseñadas y programadas, aprovechando como justificación el inevitable expediente de regulación de empleo que habría de producirse, dada la desesperada situación económica, pretendían, además de destruir el periódico de Salas que había desvelado las andanzas de los GAL y los interminables casos de corrupción, también sepultarme a mí, su director, bajo los escombros.

Entonces comencé a entender la inexplicable e irracional violencia de los conflictos, el extraño desequilibrio existente entre aquella violencia ciega y terrible, el odio que transpiraban algunas conductas y las causas que las motivaban, todas ellas perfectamente

entendibles, salvo para los que previamente estuvieran adoctrinados para no entender nada, que hicieron desaparecer un periódico pionero y formidable, al tiempo que enviaban a medio millar de personas, a muchos profesionales excelentes, al paro. Y, también, al tener conocimiento de las reuniones periódicas, en un restaurante madrileño, de cuatro personas externas a la casa para hacer un seguimiento puntual de “la crisis de Diario 16”.

Acudí a Salas, pocos meses antes de su fallecimiento y con los ojos humedecidos y una leve sonrisa conmisericordiosa y casi cómplice, asintió con la cabeza y en silencio cuando yo le adelanté tan increíble proyecto de demolición de un periódico y la tentativa de destrucción de su director, de un simple periodista.

Las piezas irían encajando con el tiempo para hacerme advertir de las dimensiones de la operación de acoso y destrucción de una persona, de su familia, de su grupo de amigos.

### **“Estás muerto”**

Las tribulaciones de este autor no terminaron, ni mucho menos, con mi salida de la dirección del periódico. En 1995, pocos meses antes de ser cesado como director, acudí, invitado por el entonces ministro de Justicia e Interior, Juan Alberto Belloch, a una ceremonia en uno de los palacios del ministerio de Justicia, en la madrileña calle de San Bernardo (el Palacio de Parcén), la instalación del retrato oficial del nacionalista vasco y militante del PNV Manuel de Irujo y Olo, como ministro de Justicia de la República, que lo fue durante los años 1936 y 1937. Allí había gente conocida, entre ellos, Ander Landáburu, director adjunto de Cambio 16 –en mi condición de Director de Publicaciones, había nombrado director del semanario a Román Orozco y confirmado a Landáburu como Director Adjunto– y Xavier Arzalluz. Cuando le vi posar ante el retrato del histórico dirigente vasco sentí una leve y sorprendida inquietud. A Arzalluz le había conocido y tratado desde las primeras elecciones generales en su condición de diputado, y siempre había mantenido con él una relación cordial y amigable, característica de aquella complicidad algo promiscua de un político y un periodista de aquellos primeros tiempos de la transición democrática, cuando su nacionalismo era tan suave y tolerante que llegaba a definir el sedicente “derecho de autodeterminación” –formulación doctrinal elaborada para proceder a la descolonización de los países ocupados por los grandes imperios coloniales de entreguerras– como una “virguería marxista”.

Arzalluz compuso el gesto y la figura, adoptó una postura de lehendakari posando para la Historia y, como aquellos militares ridiculizados por Buster Keaton en sus desternillantes films de cine mudo, adoptó un ademán, un escorzo levemente épico, castrense, que me hizo sonreír no sin cierto desasosiego. Al acabar la sesión fotográfica, Arzalluz, que me reconoció tras mi leve sonrisa se dirigió a mí –le conocía y había tratado y entrevistado durante dos décadas, como he dicho, desde su primera condición de diputado en los primeros debates constitucionales– y me espetó, con una de sus sonrisas malévolas: “¿Todavía estás vivo? ¿Aún no estás muerto?” Esa desenvoltura, esa indiferencia desdeñosa con la que me habló de la muerte, aunque fuera metafóricamente, me inquietó ciertamente. No supe que responder, salvo un atropellado monosílabo. Pronto tuve conciencia del significado de sus palabras, en un hombre que pasa por ser amigo estrecho de González, uno de sus “amigos del PNV”. Y pronto supe en qué sentido utilizaban tan

inquietante expresión ciertas personas del partido socialista y aledaños, como si no hubieran escarmentado aún por el rastro de sangre que habían dejado los GAL.

Mucho después, años más tarde, a varias personas, algunas de ellas vinculadas o cercanas al partido socialista, en alguna ocasión, me endosarían una expresión muy parecida a la de Arzalluz: “ Tu estás muerto”.

La persecución proseguiría, cada vez con tintes más inquietantes. Por presiones de un ex ministro de González –y ya con un gobierno popular– fui cesado como comentarista de la cadena COPE, donde fui despedido, después de quince años de colaboración ininterrumpida, con una llamada a mi teléfono móvil de apenas quince segundos. El ejecutor, Luis Herrero, flamante eurodiputado popular. De forma parecida fui eliminado de otros medios.

Mi último libro, “Veinte años no es nada” (Espasa, Madrid, 1998) fue, asimismo sutil y arteramente silenciado para dificultar y reducir su distribución y venta, alcanzando, a pesar de tales obstáculos, tres ediciones. Al advertir la deficiente distribución del mismo, la revista LEER realizó un sondeo en toda España en más de doscientas librerías y puntos de venta aleatoriamente escogidos, y el resultado demostró la existencia de una voluntad, localizada en la propia editorial, empeñada en que la distribución fuera lo más deficiente y reducida posible. Increíblemente, responsables de una editorial hacían todo lo posible para que uno de sus libros no se vendiera, a pesar de los numerosos comentarios favorables recogidos en casi todos los medios sobre la obra, lance que más tarde descubriría en otras editoriales y con otros autores considerados *malditos*. Los comentarios de los libreros eran por demás elocuentes: “no han enviado ni un solo ejemplar, a pesar de haberlos pedido reiteradamente y del interés de muchos clientes, que lo solicitaron. No han repuesto los ejemplares primeros, que se vendieron enseguida”, etc.

Incluso este libro que el lector tiene en sus manos ha sido rigurosamente vigilado por personas acaso temerosas de que no fuera lo que es, una evocación personal de los avatares de la prensa en los 25 años transcurridos desde que fue aprobada la Constitución de 1978, sino un relato de la desaparición de Diario 16, acontecimiento del que este libro solo se ocupa episódica y parcialmente.

Los más alambicados y tortuosos operativos y trampas para osos se han puesto en marcha para, incluso, provocar mi expulsión del *El Mundo*, donde escribo una columna diaria ininterrumpidamente desde hace casi seis años, desde el mes de Octubre de 1998, con el seudónimo de ERASMO.

Victor Olmos, un estimable y veterano periodista, ya retirado, antiguo compañero y amigo íntimo de Carlos Mendo, un profesional estrechamente vinculado a Juan Luis Cebrián y el diario El País –en la actualidad dedicado a escribir libros– (dos obras estimables cuyas son *Historia de la Agencia Efe* e *Historia de ABC*) publicó a primeros del año 2004 una interesante obra, *Un día en la vida de El Mundo* (La Esfera de los Libros, Madrid, 2004) en la línea de una obra de 1971, ya clásica, *Un día en la vida de The New York Times*, de la periodista Ruth Adler. Hablé con Olmos varias veces antes de publicar el libro, (ver Hemeroteca), pues entendía que una de las secciones que debía plasmar con detalle en su

obra era la sección de Opinión, columnistas, como Raúl del Pozo, Francisco Umbral, ERASMO (a las que cita, incluso, en la contraportada del libro), Antonio Gala, etcétera. Incluso le proporcioné mi currículum, algunos textos de ERASMO, opiniones de otros colegas sobre la sección –Gabriel Albiac, Amando de Miguel...– y hasta un largo artículo publicado en *El Mundo*, en su edición digital, en el que explicaba mi postura contraria a la guerra de Irak. El libro, un día en la vida del periódico, se ocupa de ERASMO y de mi persona, con entonación afectuosa. “Tras este seudónimo se oculta el periodista leonés José Luis Gutiérrez, “de talante progresista” –el talante– ex director de Diario 16, que se considera un discípulo de Desiderio Erasmo, el humanista holandés de los siglos XV y XVI que para él, representa, “el espíritu renacentista en lucha contra el poder constituido” “Me dirijo a lectores de vasta curiosidad y amplia cultura –cita Victor Olmos, poniendo tales afirmaciones en mi boca– me dirijo a la clase dirigente. Después, reproduce, íntegra, la columna de ERASMO de aquel día, el Viernes, 28 de marzo del 2003, jornada que se recoge en el libro y añade Victor: “Increíble. En un total de 73 palabras lo ha dicho todo...Pero, ¿lo entenderán los que no están en la pomada? No importa mucho. José Luis Gutiérrez no se dirige a ellos”.

Semejante concepción del oficio de escribir en periódicos, a medio camino entre la estulticia y el elitismo pueril, jamás salió de mi boca ni pudo salir, por estar en las antípodas de mis ideas y acaso en las diversas conversaciones que mantuve con Víctor, probablemente tal versión fue consecuencia de un simple malentendido. Victor me prometió arreglarlo en la siguiente edición de su libro y suprimir tales frases.

En mi sección mensual de la revista LEER –Carta del Editor– del número 151, correspondiente al mes de abril del 2004, me ocupé por mi parte de deshacer el malentendido reproduciendo un *Erasmus* al respecto: “Este apólogo de cada día, siempre ajeno a cualquier veleidad de *cremas*, elites o minorías, será para lectores de tan vasta curiosidad como clarividencia y agudeza de ingenio, que son todos y siempre de mayor discernimiento que el autor, pues la altivez o el error antes acurdirán en compañía de quien escribe que en auxilio de los que leen”. Asimismo, el diario *El Mundo*, en su edición del viernes, 26 de marzo del 2004, recogía el comentario del propio ERASMO: “De Leopold Bloom, un día en la vida de Dublín (16-06-1904) del *Ulises* (Joyce) a Victor Olmos, buen, excelente relator del gran fresco de este diario, *Un día* (27-03-2003) *en la vida de*. Al agradecer su gentileza, evoca este autor su exiguo *Manifiesto*, sin veleidad de minorías, para lectores de tan vasta curiosidad como clarividencia y agudeza de ingenio, que son todos y todos de más discernimiento que *Erasmus*.” Fin de la cita.

La elección del seudónimo de ERASMO se produjo al aceptar, en 1998, la oferta, generosa, de Pedro J. Ramírez, para escribir una pequeña columna diaria en la página 3, acompañando a los textos editoriales del periódico y *La Tronera* de Antonio Gala, no por mi condición de “discípulo” como dice Olmos, algo que sería por mi parte tan excesivo como pretencioso, sino de simple lector y admirador de Erasmo de Róterdam, luz de la Razón en tiempos de cerrazón y oscuridad religiosas, y sin duda mucho más que “el espíritu renacentista en lucha contra el poder constituido”. Sin duda, este príncipe humanista quien, tras dedicarle su magistral “Encomio de la estulticia” (Aquí, “Elogio de la locura”) a Tomás Moro, tras rechazar las sucesivas invitaciones del Cardenal Cisneros para visitar nuestro

país, podría, en los días actuales, seguir utilizando con toda razón la frase dirigida por él en su carta al autor de *Utopía: Non placet Hispania*.

Todo el abultado catálogo de mordazas e intentos de silenciamiento ha sido utilizado contra mi persona, en un claro caso de tentativa de destrucción personal gradual, para que los efectos de tales acciones se oculten o aminoren, para hacer coincidir la realidad con el pronóstico adelantado: “Estás muerto”.

Más de una docena de personas de mi entorno profesional y afectivo, incluso familiar, han sido predispuestas contra mi, y en algunos casos espléndidamente recompensadas, amigos de décadas, colegas, secretarias, conductores, colaboradores que súbitamente desaparecen y reaparecen empleados en lugares por demás significativos, como consecuencia de una aparente –y enfermiza– obsesión por el espionaje y, también, por los abrumadores medios materiales de que disponen quienes ponen en práctica tales operativos que, caso único en el mundo, en la España que fue dirigida por el PP de Aznar, se han producido, en mi caso, casi siempre desde ámbitos ajenos al Gobierno. Contabilizando la docena de casos que conozco, he llegado a la conclusión de haberme convertido en un involuntario creador de puestos de trabajo, muchos de ellos ciertamente suntuosos, con los que se ha recompensado la traición, la delación, el robo, el espionaje, la aportación de informaciones de todo tipo para engrosar el más abultado de los dossiers sobre un periodista democrático.

Experto como este autor se considera en todo el abultado catálogo de ardidés y tocomochos políticos a lo largo de tantos años, jamás hubiera imaginado que los procedimientos tantas veces puestos en práctica para dividir, sembrar discordia y cizaña, como pasos previos a la destrucción de organizaciones políticas o de cualquier tipo, incluso de parejas, fueran a ser utilizados contra mi persona y mi entorno familiar, profesional y hasta afectivo. La ruptura del PNV –llevada a la práctica por los socialistas, provocando la división y aprovechando el enfrentamiento entre Arzalluz y Garaicoechea– y que aún hoy perdura, con EA como partido independiente –la de la UCD, partido fulminado y reducido a cenizas mediante todo tipo de acciones destructoras y de trabajo fraccional, la tentativa de “romperle el espinazo a la UGT “ tras la huelga general del 14 de diciembre de 1988, han tenido versiones también individuales para desbaratar familias, parejas o amistades, y este autor ha sido una víctima más de tan abominables operativos, engrasados con la difamación, la calumnia o la incitación, mediante generosas recompensas, a la traición, la delación, la puesta en marcha de los mecanismos de la ambición más desmedida, la envidia y el rencor, de los contornos más oscuros del alma humana.

Incluso han sido *tocados* miembros de mi familia, lo que me hace pensar hasta qué punto pueden llegar el odio y el ánimo de *vendetta*, el afán para destruir a una persona para invertir tan desmesurados recursos en la operación y poner en marcha en todo su potencial la espiral de las envidias. Se ha llegado a indagar en mi vida más íntima, al robo de documentos personales y familiares, al ciberespionaje, al uso de *chateras* a sueldo, jineteras y ciberjineteras. Sin embargo, y como ya he señalado, el episodio más grave de todo este recital de infamias ha sido la persecución padecida por un miembro directo de mi familia, aquejado de una seria y crónica dolencia durante largo tiempo quien, como consecuencia de tal persecución, ha estado a punto de perder la vida. Algunas denuncias puestas en marcha por mi en el pasado han sido respondidas con la versión descalificadora de la “paranoia” –

hasta un editorial de mi antiguo periódico Diario 16, pocos días después de ser cesado como director, en febrero de 1996, utilizaba tan inelegante epíteto– equivalente *light* de los psiquiátricos de Stalin para reeducar disidentes. Cuando fui cesado, en enero de 1996 como director del diario, fui despedido con comentarios calumniosos e injuriosos publicados en mi propio periódico, pocos días después de mi cese, algo desconocido en la historia de la Prensa española, y que sólo se explica al haber caído un periódico histórico en tales manos, provocando la huida o la dimisión de algunos miembros de mi equipo, entre ellos Ignacio Amestoy, a la sazón director adjunto de Opinión del periódico, abochornado y horrorizado por tan siniestras maniobras.

El apoyo de Luis María Anson y de su periódico, entonces ABC, evitó que progresaran las calumnias, la acusación, por ejemplo, de haberme concedido a mi mismo un sueldo más – el de director de publicaciones, cuando la realidad fue justamente la contraria: había renunciado, y por escrito (gracias a mi sentido previsor, que me lleva a guardar todo tipo de papeles y documentos) a tales emolumentos dada la muy precaria situación económica de la empresa– y con un editorial cuyo título era, premonitoriamente, el mismo que utilizaron tras expulsar a otro director de Diario 16, a Pedro J. Ramírez, en 1989: “Estamos donde estábamos”.

Recompensas en verdad espléndidas para ciertos *directores escénicos*, les llevó, como exigido pago por las mercedes recibidas a tejer en torno al autor de este libro una densa malla de sargazos, sainetes y simulaciones, paralelos a campañas difamatorias y ridiculizadoras, poniendo en marcha, una vez más, el principio de Goebbels que encabeza estas líneas (*Para destruirlos ridiculízalos*) y cuyo apasionado estudio fue sistematizado para la posteridad por Victor Klemperer, un filólogo judío, hermano del reconocido director de orquesta Otto Klemperer, perseguido hasta la extenuación, que dejó para la posteridad un testimonio estremecedor en sus diarios, en su LTI, “Lingua Tertii Imperii”, “El lenguaje del Tercer Reich”.

Si es ya un tópico establecido como prueba del nueve de los regímenes antidemocráticos de toda laya la persecución contra los periodistas molestos –la reedición del episodio del sátrapa indio que acostumbraba a decapitar a los mensajeros portadores de malas noticias, ha tenido en los últimos tiempos, junto a la persecución inclemente del periodista marroquí encarcelado Ali Lmrabet, o el asesinato en febrero del 2004 de cinco balazos del periodista nicaragüense Carlos Guadamuz, ex amigo del ex presidente sandinista Daniel Ortega y luego uno de sus más duros críticos– en España, tal figura ha abundado con demasiada intensidad y frecuencia en los últimos tiempos. Y con mutaciones diabólicamente escurridizas, con perfiles de ambigüedad lo suficientemente vagos como para impedir o dificultar su denuncia. En Mayo de 2004, con motivo del Día Internacional de la Libertad de Prensa en su XIV Edición, la ONG Reporteros sin Fronteras emitió su informe anual en el que denunció el asesinato de 42 periodistas en el año 2003, la cifra más alta de la última década, la detención de 766 informadores y casi 1500 agredidos o censurados, junto a los 130 periodistas encarcelados.

El informe denuncia que casi un tercio de la población del mundo padece la falta de una Prensa libre, y se extiende en la denuncia de países como Cuba –que se lleva la palma en el dudoso ranking de los perseguidores de la prensa libre, con 30 periodistas encarcelados–

Haití, Zimbaue, Guinea Ecuatorial, Libia o Marruecos, donde no existe libertad de expresión. “Algunos de estos enemigos de la Prensa –añade el informe– sustituyen con gusto la represión frontal y sanguinaria por “el acoso insidioso de apariencia legal”, la presión económica, la injerencia en la vida privada y las deformaciones de todo tipo, con el fin de abusar de la opinión pública”. Como si el redactor del agudo informe de Reporteros sin Fronteras hubiera leído las páginas de este autor, que ha denunciado hasta la saciedad tales operativos, silenciosos y taimados, en nuestro país, incluida la intromisión en la vida íntima (el caso del video de Pedro J. Ramírez, será ya todo un imperecedero monumento a la infamia que brota de los espíritus totalitarios).

El autor de este texto es, sin duda, una de las principales víctimas, perseguido en su trabajo, difamado para destruir su reputación, con acciones incluso en el seno de su propia familia y hasta en los ámbitos más personales de la vida íntima. Se trata, no sólo, de un proceso de linchamiento y destrucción personal, también el intento de silenciar una voz para que ni siquiera pueda contar con la posibilidad de actuar en defensa propia.

Tras treinta y cinco años de carrera profesional, de ejercicio del periodismo, con varios libros publicados, algunos de ellos de notable éxito, en posesión de importantes premios profesionales, director de publicaciones de toda índole, incluido un diario histórico de alcance nacional como Diario 16; columnista político unánimemente aceptado – considerado por institutos demoscópicos de la época como uno de los veinte periodistas más influyentes de la transición democrática– durante numerosos años. Todo eso se ha tomado a beneficio de inventario para justificar la tentativa de amordazamiento: “*Que Gutiérrez no firme artículos ni columnas*”, en palabras de una conocida personalidad política. O, el más terminante, que no exige ulteriores explicaciones: “*Me lo cargo*”

En tal periodo de tiempo se han dado otros muchos casos de persecución contra periodistas, algunos con procedimientos ciertamente incalificables como el archifamoso montaje ya citado del video lanzado contra el director y fundador de *El Mundo*, Pedro J. Ramírez – “Lleva una bala en la cabeza”, era el comentario burlón, terrible, que escuché de algún supuesto “colega”, hoy acogido en las páginas de su periódico con una generosidad, incomprensible– un operativo para destruir a una persona mediante un escándalo sexual. El operativo ya ha sido descrito en diversos libros y, muy especialmente, en el del propio autor, *El Desquite* (La Esfera de los Libros, Madrid, 2004).

Este catálogo, meramente indiciario, de las acciones puestas en marcha contra mi persona, será tan sólo un elemental acto de denuncia y defensa, un preámbulo de mi exigencia a los poderes públicos, al Gobierno, a cuantas instancias nacionales e internacionales de cualquier naturaleza que considere oportunas, para proteger mi integridad personal y profesional, mi intimidad, el ejercicio de la libertad de expresión y demás derechos que me amparan como ciudadano de un país supuestamente soberano y libre, de un Estado de Derecho, con las acciones que crea necesarias para que tales derechos no vuelvan a ser violados de la forma brutal y totalitaria en que lo han sido en estos últimos años.

La publicación de este libro, en este momento, cuando los socialistas vuelven al Gobierno de la mano de Rodríguez Zapatero no es casual y tiene que ver con la exigencia, por parte del autor, del imprescindible proceso de reparación y desagravio al que me he hecho

acreditor por la taimada y policiaca persecución a la que he sido sometido durante todos estos años. Espero que las promesas de Rodríguez Zapatero, sus manifestaciones en torno a la transparencia, el diálogo, la humildad, el respeto a los discrepantes, la tolerancia, la protección del derecho a la libertad de expresión, que las palabras, incluso de personas como Pérez Rubalcaba –*no cometeremos los mismos errores gobernaremos de otra manera*– no sean sólo eso, simples palabras que discurran en la dirección contraria al camino que han de emprender los hechos, y que “gobernar de otra manera” sea eso – esperanzadores son ya algunos ademanes de la vicepresidenta primera del Gobierno, María Teresa Fernández de la Vega– primero, la rectificación de las conductas y, después, el desagravio y la reparación del daño moral y material causado. Y que no signifique realizar los mismos actos pero extremando el cuidado para que no trasciendan, y que los ecos de tales promesas se extingan a los primeros compases de la acción de gobierno, cuando comiencen a surgir las dificultades.

## **Colofón marroquí: Hassan II**

El último episodio padecido por este autor es de naturaleza forense, todo un colofón marroquí para esta historia de terror gótico. El 18 de diciembre de 1995, la periodista de Diario 16, Rosa María López –perteneciente entonces a la redacción de Sevilla, una de las investigadoras más serias y reputadas del periódico– publica una información según la cual, en el puerto de Algeciras, meses atrás; había sido capturado un alijo de casi cinco toneladas de hachis, oculto en un camión de naranjas de la empresa Dominios Reales, perteneciente a Hassan II, rey de Marruecos. La información había sido obtenida por la periodista en altos mandos de la Guardia Civil de la zona, incluidos altos jefes de la Benemerita, que habían realizado la captura del alijo de droga.

La información –publicada cuando mi cese, que se produciría semanas después, ya era un extendido rumor, y cuando me encontraba de viaje profesional fuera de Madrid– provoca una demanda de protección al honor nada menos que del Jefe del Estado marroquí, el Rey Hassan II, ya fallecido, en el juzgado de Primera Instancia número 61 de Madrid, que sentencia a favor del demandante y contra los demandados, la autora, Rosa María López, el director del periódico y la empresa editora, el 25 de noviembre de 1997, sentencia que es confirmada más adelante, en enero de 1999, por la Audiencia Provincial de Madrid, lo que llevó a los demandados a interponer el correspondiente recurso de casación ante la Sala I del Tribunal Supremo, sobre una información cierta acogida a la “*exceptio veritatis*”, aunque afectara en su momento al “honor” de una personalidad como la de Hassan II, fallecido en el año 1999 y considerado como uno de los tiranos más sanguinarios del pasado siglo. La sentencia del supremo, el magistrado Clemente Auger, amigo íntimo de Felipe González, como ponente, confirmó la condena.

El procedimiento ha estado salpicado de irregularidades, –y con sentencias ruidosamente contrarias a la jurisprudencia del Tribunal Europeo de Derechos Humanos de Estrasburgo– no sólo por la utilización de una norma de protección del honor, artefacto jurídico denostado por autoritario y obsoleto internacionalmente –las tristemente célebres *Insult Laws* o *Leyes de insulto*– por profesionales y defensores de la libertad de expresión, y que en el caso español procede en su origen nada menos que de una Ley franquista, la Ley de

Prensa de 1966, que es la que establece la responsabilidad en cascada, por la que alguien puede ser perseguido y condenado, el director de un medio en este caso, por un texto del que él no es autor, escrito por un tercero.

Asimismo, el abogado de la empresa, Gregorio Arroyo, tras la sentencia de Primera Instancia, recurre sorprendentemente en amparo al Tribunal Constitucional, extraña decisión que provoca la lógica devolución del recurso, al no haberse agotado la vía jurisdiccional en el resto de las instancias.

Por su parte, la titular del Juzgado número 61 emitió sentencia incumpliendo sus propias decisiones anteriores, al haber establecido y aceptado la petición de la defensa de una prueba de confesión, con dos decenas de preguntas al demandante –tan sólo una de ellas fue considerada improcedente– Hassan II, que fueron cursadas legalmente. La sentencia, sin embargo, se emitió sin que tal prueba de confesión fuera practicada, creando una clara situación de indefensión de los demandados.

En medios marroquíes pronto se informa a este autor que el origen de la demanda “está más en Madrid que en Rabat”, según una fuente diplomática. Y, para confirmarlo, los mismos portavoces informan de gestiones realizadas en Marruecos desde medios gubernamentales españoles y, “por un alto representante del Palacio de la Zarzuela” ante las autoridades marroquíes.

Asimismo, poco después de publicada la información, la autora Rosa M.<sup>a</sup> López, recibe la llamada de un agente del CESID, hoy Centro Nacional de Inteligencia, el CNI, que viaja a Sevilla y, en el transcurso de una comida, en la que su obsesiva y única preocupación fue averiguar la identidad de las fuentes de la periodista, vierte inquietantes advertencias y amenazas contra la autora y el periódico.

El propio calendario del affaire confirma tales indicios, porque la información se publica en diciembre de 1995 pero la demanda no se presenta hasta casi medio año más tarde, el 27 de mayo de 1996, cuando este autor ya había sido cesado, cuatro meses antes, como director del periódico.

Este es, en síntesis, el recorrido del penúltimo affaire forense sufrido por este autor, como corolario y culminación de la larga sucesión de agresiones ya reseñada. Con tales antecedentes, cobra todo su significado el documento atribuido a la Generalitat de Cataluña sobre medios de comunicación privados, todo un manual totalitario de cómo amordazar a la prensa independiente y díscola utilizando los recursos políticos y presupuestarios del ente autonómico catalán.